

NO VIVAS DE MENTIRAS

Hubo un tiempo en que no nos atrevíamos a emitir ni un solo susurro. ¡Pero ahora escribimos y leemos samizdat y, reuniéndonos en las salas de fumadores de los institutos de investigación, nos quejamos de todo corazón de todo lo que está confundiéndonos, de todo lo que nos está arrastrando! Existe esa bravuconería innecesaria en torno a nuestras aventuras en el espacio, en el contexto de la ruina y la pobreza en casa; y el refuerzo de regímenes salvajes distantes; y el inicio de guerras civiles; y el cultivo imprudente de Mao Zedong (a costa nuestra, además): al final seremos nosotros a los que nos envíen contra él, y tendremos que irnos, ¿qué otra opción habrá? Y juzgan a quien quieren y tildan a los sanos de enfermos mentales (y siempre son “ellos”, mientras que nosotros estamos) indefensos.

Nos acercamos al borde; ya está sobre nosotros una desaparición espiritual universal; uno físico está a punto de estallar y engullirnos a nosotros y a nuestros hijos, mientras seguimos sonriendo tímidamente y balbuceando:

“¿Pero qué podemos hacer para detenerlo? No tenemos la fuerza”.

Hemos cedido nuestra humanidad de manera tan irremediable que por las modestas donaciones de hoy estamos dispuestos a renunciar a todos los principios, nuestra alma, todos los trabajos de nuestros antepasados, todas las perspectivas de nuestros descendientes, cualquier cosa para evitar perturbar nuestra magra existencia. Hemos perdido nuestra fuerza, nuestro orgullo, nuestra pasión. Ni siquiera tememos una muerte nuclear común, no tememos una tercera guerra mundial (tal vez nos escondamos en alguna grieta), ¡sino sólo tememos adoptar una postura cívica! Sólo esperamos no alejarnos del rebaño, no salir solos y correr el riesgo de tener que arreglárnoslas de repente sin pan blanco, sin calentador de agua y sin permiso de residencia en Moscú.

Hemos internalizado bien las lecciones que nos inculcó el Estado; siempre estamos contentos y cómodos con su premisa: no podemos escapar del medio ambiente, de las condiciones sociales; nos moldean, “el ser determina la conciencia”. ¿Qué tenemos que ver con esto? No podemos hacer nada.

Pero podemos hacer — ¡todo! — incluso si nos consolamos y nos mentimos a nosotros mismos diciendo que esto no es así. No son “ellos” los culpables de todo, sino nosotros mismos, ¡sólo nosotros!

Algunos replicarán: ¡Pero realmente no hay nada que hacer! Tenemos la boca amordazada, nadie nos escucha, nadie nos pregunta. ¿Cómo podemos hacer que nos escuchen?

Hacerles reconsiderar su situación es imposible.

Lo natural sería simplemente no reelegirlos, pero en nuestro país no hay reelecciones.

En Occidente hay huelgas, marchas de protesta, pero estamos demasiado acobardados, demasiado asustados: ¿Cómo puede uno renunciar a su trabajo y salir a la calle?

Todos los demás medios fatídicos a los que se recurrió durante el último siglo de la amarga historia de Rusia son aún menos apropiados para nosotros hoy; es cierto, ¡no recurramos a ellos! Hoy, cuando todas las hachas han cortado lo que cortaron, cuando todo lo sembrado ha dado frutos, podemos ver cuán perdidos, cuán drogados estaban aquellos jóvenes engréidos que buscaban, a través del terror, el levantamiento sangriento y la guerra civil, hacer que el país justo y contento. ¡No, gracias, padres de la iluminación! Ahora sabemos que la vileza de los medios engendra la vileza del resultado. ¡Que nuestras manos estén limpias!

¿Se ha cerrado entonces el círculo? Entonces, ¿no hay realmente salida? Así que lo único que queda por hacer es esperar inertemente: ¿Qué pasa si algo sucede por sí solo?

Pero nunca se despegará por sí solo si todos, todos los días, continuamos reconociéndolo, glorificándolo y fortaleciéndolo, si no retrocedemos, al menos, desde su punto más vulnerable.

Desde las mentiras.

Cuando la violencia irrumpe en la pacífica condición humana, su rostro se ilumina de seguridad, se exhibe en su pancarta y proclama: “¡Yo soy la Violencia! ¡Abre paso, hazte a un lado, te aplastaré! Pero la violencia envejece rápidamente, pasan algunos años y ya no está segura de sí misma. Para sostenerse y parecer decente, sin falta recurrirá a su aliado: la mentira. Porque la violencia no tiene nada con qué cubrirse excepto mentiras, y las mentiras sólo pueden persistir a través de la violencia. Y no es todos los días ni sobre todos los hombros que la violencia cae con su mano dura: sólo exige de nosotros una sumisión a la mentira, una participación diaria en el engaño, y esto es suficiente como nuestra lealtad.

Y allí encontramos, olvidada por nosotros, la clave más simple y accesible para nuestra liberación: ¡la no participación personal en la mentira! Incluso si todo está cubierto de mentiras, incluso si todo está bajo su dominio, resistamos lo más mínimo: ¡Que su dominio no se mantenga a través de mí!

Y ésta es la manera de salir del cerco imaginario de nuestra inercia, la más fácil para nosotros y la más devastadora para las mentiras. Porque cuando la gente renuncia a las mentiras, las mentiras simplemente dejan de existir. Al igual que los parásitos, sólo pueden sobrevivir si están adheridos a una persona.

No se nos pide que salgamos a la plaza y gritemos la verdad, que digamos en voz alta lo que pensamos; esto da miedo, no estamos preparados. ¡Pero al menos rechazamos decir lo que no pensamos!

Este es, entonces, el camino más fácil y accesible para nosotros, dada nuestra cobardía orgánica profundamente arraigada, mucho más fácil que (da miedo incluso pronunciar las palabras) la desobediencia civil a la Gandhi.

Nuestro camino debe ser: ¡Nunca apoyar mentiras de manera voluntaria! Habiendo comprendido dónde comienzan las mentiras (y muchos ven esta línea de manera diferente), ¡aléjese de ese borde gangrenoso! No peguemos las escamas descascaradas de la Ideología, no recuperemos sus huesos desmoronados, ni recompongamos su ropa en descomposición, y nos sorprenderemos de cuán rápida e impotentemente las mentiras caerán, y lo que está destinado a estar desnudo desaparecerá, ser expuesto como tal al mundo.

Y así, superando nuestra temeridad, que cada persona elija: ¿Permanecerá como un siervo consciente de las mentiras (por supuesto, no por predisposición natural, sino para proveer sustento a la familia, criar a los hijos en el espíritu de las mentiras!) o ha llegado el momento de ponerse de pie como un alguien honesto, digno del respeto de sus hijos y contemporáneos? A partir de ese día en adelante:

- No escribiré, firmaré ni publicaré de ninguna manera una sola línea distorsionando, hasta donde pueda ver, la verdad.

- No pronunciaré tal línea en conversaciones privadas o públicas, ni la leeré de una hoja de trucos, ni la expresaré en el papel de educador, encuestador, maestro o actor.

- No representará, respaldará ni difundirá en pintura, escultura, fotografía, tecnología o música un solo pensamiento falso, una sola distorsión de la verdad tal como él la percibe.
- No citará por escrito o de palabra una sola cita "orientadora" por gratificación, seguros o por su éxito laboral, a menos que comparta plenamente el pensamiento citado y crea que se ajusta precisamente al contexto.
- No se verá obligado a asistir a una manifestación o reunión si va en contra de su deseo y voluntad; no levantará ni llevará una bandera o lema en el cual no crea plenamente.
- No levantará la mano para votar a favor de una propuesta que no respalde sinceramente; no votará abierta ni secretamente por un candidato que considere dudoso o indigno.
- No se sentirá obligado a asistir a una reunión donde se espera un debate forzado y distorsionado.
- Saldrá inmediatamente de una sesión, reunión, conferencia, obra de teatro o película tan pronto como escuche al orador decir una mentira, disparates ideológicos o propaganda descarada.
- No se suscribirá ni comprará en tiendas periódicos o revistas que distorsionen u oculten los hechos subyacentes.

Esta no es en modo alguno una lista exhaustiva de las formas posibles y necesarias de evadir las mentiras. Pero el que comienza a limpiarse, con los ojos limpios, discernirá fácilmente otras oportunidades.

Sí, al principio no será justo. Alguien tendrá que perder temporalmente su trabajo. Para los jóvenes que buscan vivir según la verdad, esto al principio complicará gravemente la vida, porque sus pruebas y cuestionarios también están llenos de mentiras, por lo que habrá que tomar decisiones. Pero no queda ningún resquicio para quien quiera ser honesto: ni siquiera por un día, ni siquiera en las ocupaciones técnicas más seguras, puede evitar una sola de las opciones enumeradas: tomar la verdad o la mentira, a favor de la independencia espiritual o del servilismo espiritual. Y en cuanto a aquel que carece del coraje para defender incluso su propia alma: que no se jacte de sus opiniones progresistas, que no se jacte de su condición de académico o de artista reconocido, de ciudadano distinguido o de general. Que se diga claramente: soy ganado, soy un cobarde, sólo busco calor y comer hasta saciarme.

Para nosotros, que nos hemos vuelto serios con el tiempo, ni siquiera este camino de resistencia más moderado será fácil de emprender. Pero es mucho más fácil que la autoinmolación o incluso una huelga de hambre: las llamas no envolverán tu cuerpo, tus ojos no se saldrán por el calor y tu familia siempre tendrá al menos un trozo de pan negro para acompañar. un vaso de agua clara.

Traicionado y engañado por nosotros, ¿no nos mostró un gran pueblo europeo, los checoslovacos, cómo es posible defenderse de los tanques con el pecho desnudo, siempre y cuando en su interior palpita un corazón digno?

Quizás no sea un camino fácil, pero es el más fácil de los que tenemos por delante. No es una elección fácil para el cuerpo, pero sí la única para el alma. No, no es un camino fácil, pero ya tenemos entre nosotros personas, incluso decenas, que durante años han respetado todas estas reglas, que viven según la verdad.

Y así: No necesitamos ser los primeros en emprender este camino, ¡el nuestro no es más que unirnos! ¡Cuanto más partamos juntos, más espesas sean nuestras filas, más fácil y más corto será este camino para todos nosotros! Si nos convertimos en miles, no podrán hacer frente, no podrán tocarnos. Si llegamos a ser decenas de miles, ¡no reconoceremos a nuestro país!

Pero si nos alejamos, entonces dejemos de quejarnos de que alguien no nos deja respirar: ¡nos lo hacemos a nosotros mismos! Entonces, acurruquémonos y agachémonos, mientras nuestros camaradas los biólogos nos acercan al día en que nuestros pensamientos puedan leerse y nuestros genes puedan alterarse.

Y si también nos alejamos de esto, entonces somos inútiles, desesperanzados, y es a nosotros a quienes Pushkin pregunta con desprecio:

¿Por qué ofrecer a los rebaños su liberación?

.....

Su herencia cada generación.

El yugo con sonajas, y el látigo.

12 de febrero de 1974